



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 11040

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 pts.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

JUEVES 25 DE AGOSTO DE 1898

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

LA PREPARATORIA MILITAR

JARA, 1. PRINCIPAL

á cargo de los capitanes de Ingenieros y de Artillería
DON SALVADOR NAVARRO Y DON FULGENCIO QUINTUTI

Preparación para todas las carreras del Ejército y Armada

Esta Academia ha ingresado desde su fundación ó sea en 2 años, los alumnos siguientes:

Infantería	Artillería	Ingenieros
D. Joaquín García.	D. Genaro Pérez Cones.	D. Enrique R. van H.
• José Chacón.	• Francisco Barceló.	
• José Gimeno.	• Juan Izquierdo.	
• José Córdoba López.		

Infantería de Marina

D. Carlos Coll.

Clases especiales para la convocatoria de Noviembre.

Detalles y reglamentos de 8 á 12 en la Academia.

ña se fuese con él algo muy íntimo.

La culpa, si hay culpa en el desastre, no es de los soldados. Ellos han sido sufridos y valientes como lo fué el soldado español en cuantas ocasiones fué preciso ponerlo á prueba.

La victoria no ha coronado su sacrificio, es cierto; pero aun así ¿quién se atrevería á sostener que el ejército no ha merecido bien de la patria?

Bien venidos sean los soldados á la metrópoli. La nación, en medio de los dolores que la afligen, se siente orgullosa de tales hijos.

¡Vaya un programa!

Si lo desarrolla el viejo chino del modo que le anuncia, qué porvenir para la descendencia del tío Sau.

Y vean ustedes lo que son las cosas: yo me alegraría de algo de eso, incluso de que no quedaran ni los rabos.

Se teme que Juana Díaz se haya dedicado á atropellar á los españoles.

Esa Juana Díaz no es una hembra, sino un poblado portorriqueño que nos quería más que á las niñas de sus ojos, y que en su desesperación porque lo separan de España nos muerde para dejarnos señal de su cariño.

¿Qué les parece á ustedes la lealtad de la pequeña antilla?

Se dice que en Manila han caído en manos de los yanquis cuatro millones de pesetas que había en las cajas públicas.

Si ese dinero tiene vuelta, bien.

Pero si no la tiene, más valía haberlo repartido á cuenta de sueldos entre los defensores de la plaza.

O haberlo regalado.

TIJERETAZOS

«El Nacional» manifiesta que el mal que padece la nación tiene la raíz en el parlamentarismo.

¿Qué afán de disculparse con las cosas!

El parlamentarismo no tiene voluntad para ser bueno ni malo.

Eso lo sabe de ciencia propia el inspirador de «El Nacional», que ha manejado muchas veces el sistema de un modo deplorable.

En Puerto Rico, la Habana y Filipinas, han adquirido los americanos el compromiso de que los rebeldes acepten el protocolo y lo respeten además.

Eso no obstante, en Filipinas, Puerto Rico y Cuba los rebeldes atacan á los soldados españoles.

En las antillas, del mal el menos; por que los soldados conservan sus armas y las manejan de lo lindo.

Pero en Manila, que por haber capitulado hizo entrega del armamento, resulta cobarde y cínico el proceder de los rebeldes y bastante ineficaz la protección americana.

Máximo Gómez se reserva.

Hablando con un corresponsal inglés, ha dicho que no se fia un pelo de los yanquis por los deseos anexionistas que han manifestado á última hora; pero que no pasará en silencio tales propósitos y obrará en consecuencia.

guarnecían la plaza pudieran retirarse donde tuvieran por conveniente, pero dejando en poder de nuestras fuerzas 700 quintales de pólvora, 92 cañones y morteros y grandes provisiones de boca y guerra.

MARSE RODRIGO.

(Prohibida la reproducción).

CRÓNICA MADRILEÑA

SUMARIO: Otro que nos deja.—Quien fué D. Pedro de Madrazo.—La mendicidad y la vagancia.—Como en Madrid en ninguna parte.—Caridad mal entendida.—Publicaciones.

Otro individuo de la dinastía de los Madrazos nos abandona para siempre: D. Pedro, el estimado crítico de Bellas Artes, uno de los hijos del autor de «La muerte de Lucrecia».

No fué pintor como todos los Madrazos; pero como por sus venas circulaba sangre de artista, lo fué, aunque no en la práctica, apesar de que en su juventud demostró gran cariño á las Matemáticas y á la Jurisprudencia.

Había nacido artista, y dedicado al Arte vivió y murió.

D. Pedro de Madrazo había nacido en Roma, y estudió en el célebre Seminario de nobles de Madrid, íntimo principio de literatura, lengua, filosofía y matemáticas, descollando por su gran cariño á las Letras y Ciencias matemáticas.

Estudió la carrera de Derecho en las Universidades de Toledo y Valladolid, y en aquella, por su claro talento y grandes conocimientos, regentó la cátedra de Matemáticas, cuando contaba 16 años de edad, á instancias del rector, apoyado por varios profesores.

Como literato siempre dejó á gran altura su pabellón; pero su fuerte, lo que con más cariño y fortuna cultivó, fué la crítica de Bellas Artes, prueba de ello el «Catálogo descriptivo del Museo del Prado de Madrid, El Museo de Madrid y las joyas de la pintura en España y el Viaje artístico de tres siglos por las colecciones de cuadros de los reyes de España desde Isabel la Católica hasta la formación del Real Museo del Prado,» obras que le dieron renombre uni-

BIEN VENIDOS

Abordado el trasatlántico «Alcanale» ha llegado á la Córnuja la primera expedición de tropas repatriadas.

No han llegado todos los que venían; sesenta de esos infelices soldados que un año y otro año han vivido sin sosiego, expuestos á las inclemencias del clima cubano y á las acechanzas de la emboscada enemiga, han quedado en el fondo del mar. La alegría de volver á la patria y á la familia los reanimó un momento, pero la muerte puso coto á sus esperanzas obligándolos á dar el último suspiro entre la inmensidad del cielo que acogió sus almas y la inmensidad del abismo que recibió sus cuerpos.

¡Pobres soldados!

Pletóricos de vida; llena la mente de ilusiones; con la risa del placer en la boca y el corazón latente de entusiasmo, dejaron un día las costas españolas aclamados por delirante multitud. ¡Quién nos dijera entonces que aquellas manifestaciones entusiásticas, prólogo de la guerra, habían de tener este epílogo triste de la repatriación.....!

Y sin embargo, nada puede imputarse á esos héroes anónimos que han peleado en la región cubana sufriendo el fuego rebelde, las acometidas de la epidemia y los rigores del hambre. Héroes y mártires son esos soldados que han pasado tres años de su vida derrochando valor y resistencia hasta agotar sus energías.

Partieron rebosantes de salud y regresan anémicos ó tísicos; iban repletos de esperanzas; y vienen ahilados de desengaños; llevaban el corazón ardiendo de entusiasmo y traen la sangre quemada por la fiebre; creyeron volver coronados con el laurel de la victoria y vuelven vencidos y casi prisioneros de guerra, dejando izada en Cuba una bandera que no es la roja y gualda que los llevó al combate y las alentó en las situaciones apuradas.

¡Pobres soldados! Si hay culpa en el desastre nada tienen que ver con eso los que jamás millieron el peligro. Les dijeron que atacarían y atacaron con ardimiento; les mandaron escalar el monte y lo escalaron sin contar el enemigo que se oponía á la ascensión; les ordenaron deponer las armas y las entregaron llorando de dolor, como si al desprenderse del fusil que les diera Espa-

la habían producido su galante vida de aventuras, cuando que había estado á punto de agotar la inagotable paciencia del excelentísimo duque de Bracciano, y producir una separación definitiva.

Aquel suceso la recordaba unos locos amores, que habían producido una hija dada á luz en secreto, y que en secreto le había sido arrebatada apenas nacida.

A la princesa se le había dilatado y oprimido al mismo tiempo el corazón al ver á Azucena junto á Cinta muerta, después de haber encontrado á Bizarro, que le había dado un pliego, cuyo sobrescrito era de puño y letra del duque de Bracciano, y le había recordado al mismo tiempo una fecha terrible para la princesa.

Sin embargo, Bizarro le había pedido protección para su mujer y para su hija, que se habían quedado en el pueblo.

Ana María dudaba, sufría, y ansiaba un momento para conocer el contenido del pliego sobrescrito por el duque de Bracciano que llevaba consigo.

Mr. Amelot se había equivocado también acerca de la causa de la conmoción que había notado en la princesa á la vista del cadáver de Cinta.

Ana María, por su parte, había visto con inquie-

tud, que el joven Felipe V se había ocupado más de lo que era de desear de Azucena.

Ana María, pues, mientras aparecía adormilada pensaba mucho, y mucho y muy gravemente pensaba Felipe V, y mucho pensaba también monser Amelot.

La única persona de las cuatro que iban en el carruaje que no pensaba, era María de la Azucena.

No podía pensar: estaba dormida, transida por el dolor, devorada por la fiebre.

IV.

El carruaje llegó por último á Guadalupe.

Poco antes, Felipe V hizo como que despertaba, mandó parar, salió del carruaje y montó á caballo.

Ana María, Azucena y Mr. Amelot entraron en el palacio del duque del Infantado, donde ya esperaba á la princesa la servidumbre particular, que más como amiga que como reina la había preparado Luisa de Saboya.

Felipe V, sin detenerse, siguió adelante á caballo para reunirse á la reina, que estaba en Canillejas esperando á la princesa, y ésta, con el protesto

enviarlo todo al diablo y quedarme tranquilo dejándolos en libertad de satisfacer libremente vuestras inclinaciones.

Pero he considerado que yo no puedo culparos ni argüir de ignorancia.

Yo os conocía demasiado, y al casarme con vos establecí una especie de convenio tácito.

Vos me otorgábais vuestra amable, vuestra inapreciable compañía por lo que me quedara de vida: habíais venido á mí con una hermosa fascinadora, por la que, no tengo reparo en confesároslo, estaba impresionado y lo estoy más todavía.

Yo os amaba y os amo, señora, con un amor irreflexivo, que merece bien la pena á que le sentencias.

Tan mal se habían conducido con vos vuestros apasionados, en tan difíciles circunstancias os encontrábais envuelta cuando yo os conocí, que á cambio de mi protección, bien hubiera podido obteneros sin daros sobre mi derechos de que, de francamente confesarlo, no solo os amaba, sino que os amaba. No me quejo; no debo; no puedo quejarme; no debía tener más que una débil esperanza de que el agradecimiento modificase vuestra manera de ser; pero comprendía también que vos no teníais nada que agradecerme; porque á cambio de la prote-